



LIBROS

SANTIAGO MALAINA, S.J.—Historia de la Compañía de Jesús en El Salvador, 1940, San Salvador, 140 págs.

Historia de la erección de la Diócesis de San Salvador, 1945, San Salvador, 150 págs.

La Cofradía de Ntra. Sra. del Pilar en Sonsonate, 1949, San Salvador, 24 págs.

Tres títulos de tres obras que la paciencia a toda prueba del P. Malaina ha hecho una realidad sin archivos, sin bibliotecas, sin la más elemental ayuda que el historiador encuentra en otras partes. Datos sacados acá y allá en su infatigable peregrinar en el desempeño de sus ministerios por los pueblos y aldeas de la República, atrapados al azar, muchas veces durante la visita a una antigua familia aprovechando todas las ocasiones que sólo el interés científico sabe aprovechar.

Las presentamos así, reunidas como un hacecillo, en la Bibliografía de "E. C. A." por su indiscutible valor para nuestra historia, tan deformada por pasiones políticas, siempre en espera del hombre que la rehaga.

Las dos primeras monografías del P. Malaina están arrancadas a las épocas más azarosas y revueltas de la vida patria. No importa que la primera lleve un título particular a una Orden Religiosa. En ambas aparece la misma gran víctima, chorreando sangre por mil heridas, la Iglesia de El Salvador.

Estas dos obras del P. Malaina evidencian cómo los enemigos de la Iglesia merecerán del fallo justiciero de una historia imparcial, el apelativo de reos de lesa patria. Moral, ciencia, cultura y aun el progreso material de que tanto blasonan sus enemigos, recibieron una

herida mortal con el aniquilamiento de la Iglesia. No importa; el fin era éste y haberlo alcanzado es su triste gloria. Pudiendo figurar por nuestra población y dimensiones territoriales entre las naciones mejor organizadas y cultas de la tierra, como una Bélgica u Holanda, aparecemos en los últimos renglones de las estadísticas por nuestro analfabetismo e inmoralidad. ¡Cuándo aprenderán nuestros gobernantes que no pueden hacer obra más patriótica que apoyar a la Iglesia en su obra cultural!

Queremos reproducir aquí un brevísimo cuadro, rápidamente diseñado por el autor, en los umbrales mismos de la persecución. Por él podremos colegir el grado de esplendor que hubiera alcanzado la Iglesia de El Salvador en nuestros días sin la traición de sus malos hijos: "Al empezar el año 1882, la posición de la Iglesia salvadoreña era importante. Tenía un santo y venerable Prelado que la cubría con su sombra; un joven y piadoso Obispo Auxiliar que, lleno de energía, se ocupaba en los negocios de la Diócesis; el Ilmo. Señor Ortiz Urruela, infatigable obrero en el sacerdocio; un Cabildo Eclesiástico unido, todo el Clero compacto, los Padres Jesuitas y Capuchinos ocupados exclusivamente en el bien de las almas; un Seminario, esperanza de la Iglesia, dirigido e ilustrado por tres sacerdotes extranjeros; las Hermanas de la Caridad y las de San Antonio dirigiendo numerosas escuelas de niñas; un periódico religioso, LA VERDAD, acreditado y célebre en todo Centro-América, sosteniendo muy alto la doctrina católica, y refutando victoriosamente los errores opuestos. Si a todo se agrega el acuer-

do y perfecta armonía entre la Iglesia y el Estado, fundada en el Concordato celebrado entre la Santa Sede y la República, no menos que en la franca amistad y mutuo aprecio entre las personas que estaban al frente de los negocios civiles y eclesiásticos, y en las disposiciones hasta entonces favorables a la Iglesia: podría creerse ésta una de las mejores épocas de la Iglesia Salvadoreña.

Sin embargo, pequeñas nubes se elevaban en el horizonte, y algunas detonaciones que resonaban de vez en cuando, presagiaban ya la tempestad, que con violencia vertiginosa, había de convertir muy pronto en un erial los nuevos y florecientes planteles de la Diócesis.

Tres elementos, el liberalismo, la masonería, y las exigencias de Guatemala formaron el núcleo de la tempestad que descargó repentina y furiosa sobre la diócesis salvadoreña.

No podemos resistir a la tentación de transcribir también dos párrafos de la Historia de la erección de la diócesis de San Salvador para mostrar el contraste entre la decantada democracia oficial, de entonces, y la conculcación de los sentimientos populares más universales y profundos: "El 24 de Septiembre llegó a Apopa. A dos leguas de distancia los arcos principiaban, siendo de notarse que no había choza, por triste que fuera, que no tuviese preparado el suyo, donde además se quemaban cohetes y se entonaban alabanzas en acción de gracias al Dios verdadero.

A las inmediaciones de la población se hallaba el señor Gobernador con la Municipalidad y principales vecinos, con el objeto de felicitar y acompañar al Prelado. Las músicas marcial y de cuerda le aguardaban a orillas del pueblo, y los habitantes del mismo Apopa, de los valles y caseríos inmediatos, agrupados en la calle del tránsito, recibían sus bendiciones, regaban flores, y al repique de campanas agrebaban sus ecos de entusiasmo y alegría. Fué preciso poner una Guardia al Asistente al solio pontificio para que el pueblo le

concediese algunos momentos de descanso, que el estado de su salud reclamaba imperiosamente".

A este Prelado recibido así con delirio se le expulsaba —como nos lo enseña la obra del P. Malaina poco más adelante— en nombre del mismo pueblo y en nombre de la democracia...

Las claudicaciones del Congreso y del Senado ante las avasalladoras manifestaciones del sentir de la ciudadanía, presente allí, en el Senado, viva y palpitante, no son menos aleccionadoras. Así como el súbito cambio de los altos representantes del poder judicial, de la noche a la mañana, por la omnipotente voluntad del Presidente González.

La obra cumbre de nuestras instituciones culturales-civiles —la Universidad Central tan ufana hoy de su laicismo— es obra cien por cien de beneméritos eclesiásticos salvadoreños: son sus fundadores, sus catedráticos y hasta sus puntales económicos.

De muy diversa índole es el folletito de la Hermandad sonsonateca. Relata días de gloria y esplendor, en el corazón mismo del período colonial. Consecuentes con la orientación que hemos dado a esta recensión, dejamos sin comentario tantos datos curiosos, tantos aspectos interesantes de aquellos remotos días de nuestra vida nacional. Sólo queremos resaltar esta apreciación: la robusta personalidad de nuestras ciudades secundarias de entonces, hoy despersonificadas. Imposible encontrar ahora —fuera de nuestras centralizadoras capitales— una sociedad de tan robusta fisonomía como la del Sonsonate de entonces en nuestras actuales poblaciones departamentales.

De indiscutible valor es la colección de 130 documentos que complementan la narración de los primeros días del episcopado salvadoreño.

Invitamos a leer este puñado de páginas, fruto de los desvelos del P. Malaina, a cuantos se preocupen de nuestra historia patria y deseen formar imparcialmente su criterio.—G.O.

BARATTA MARIA DE.—*Cuzcatlán Típico. Ensayo sobre Etnología de El Salvador. Primera Parte. San Salvador, 1951 (Un tomo de 31 x 25½ cms. y 406 págs.)*

Cuzcatlán Típico estudia la música autóctona de El Salvador en las tres épocas: primitiva, de la conquista y después de la conquista. De todas estas tres, la de más mérito es sin duda la primera que nos ofrece en este tomo, por ser la menos estudiada y la más difícil de investigar.

Después de un estudio fundamental de Etnofonía, en que se analizan detalladamente todos los instrumentos musicales autóctonos, distribuye su trabajo recorriendo las tres regiones de la República: sección de Occidente, del Centro y de Oriente. En este primer tomo sólo se abarca la época primitiva. La colonial e independiente nos la dará en un segundo tomo que Dios mediante saldrá pronto.

La obra viene ilustrada con gran profusión de dibujos de códices a colores, fotografías y muestras musicales de las distintas épocas.

La obra de nuestra exquisita artista nacional e inquieta investigadora del arte musical de nuestros antepasados, Dña. María de Baratta, me ha parecido interesante desde el punto de vista histórico y etnográfico. Es un estudio digno de encomio, que hoy, mañana y siempre conservará su utilidad, máxime si se tiene en cuenta que nadie como la ilustre autora ha estudiado tan a fondo la música que para el resto de nuestros musicólogos ha pasado desapercibida, con alguna que otra excepción.

En lo que se refiere a los sonos apuntados en la presente obra demuestran lo acucioso del trabajo, la paciencia, dedicación y técnica que se observan enseguida en lo que la estimable autora llama "Estudio", que aparece después de apuntadas éstas que pudiéramos llamar joyas de nuestra raza primitiva.

Es también notable el estudio de los

instrumentos, sus formas y la técnica musical de los mismos, apuntados por ella en forma moderna para poder ser mejor entendidos por los que poseen cierta cultura musical. Quizá nunca los indios se imaginaron que alguien se dedicaría con tanta asiduidad a su música, ellos que para que no se perdiera, la iban pasando de generación a generación. Esta gloria estaba reservada a la exquisita artista Dña. María de Baratta, a quien conozco y admiro a través de su obra en pro del arte nacional.

H. PORTILLO.

DANIEL ROPS.—"Missa est", 1951, París, 140 págs.

Es una delicada joya, este librito de Daniel Rops. Se lee —más se siente que se lee— con una emoción serena, jamás disminuida. Una exquisita cultura unida a una piedad tierna y profunda, ha producido esas 30 escenas vivas en que el autor nos hace vivir "nuestra" misa, el acto esencialmente común a la "familia" cristiana. Dos partes enteramente armónicas constituyen cada una de estas escenas: el comentario histórico, litúrgico, dogmático del instante escogido del Santo Sacrificio, y una oración, que recoge los principales sentimientos piadosos, evocados por aquél.

La difusión de este librito en nuestro medio cultural católico, vendría a llenar una necesidad verdaderamente apremiante: la falta de piedad entre nuestros hombres cultos, centrada en el Santo Sacrificio.

La enorme ausencia de nuestros hombres católicos cultos respecto del misterio del altar, sólo se explica por otra enorme ignorancia de su Religión.

Esta bella obrita está ilustrada con treinta y tres bellas fotografías de cada uno de los pasajes comentados de la Misa, preciosas ilustraciones debidas a Laure Albin-Guillot.—G.O.